

Capítulo I

había dado su ayuda a la televisión para dar paso a *Cate* con *la reina de mujer*. Y mucho más acontecimientos que parecían pertenecer más a su literatura que a la realidad; que las aviones sufrieran retrasos por pasajeros obsesionados en ver la telenovela en los telepantales del aeropuerto, que salieran de teatro y cine y restaurantes se quedarán vacíos a ciertas horas de la noche, generalmente de un hecho por un golpe de estado. Pero a una final de doñe Sifio, a un deseo que sea una historia de amor, de carácter que la que generara siempre algo. Una historia con un desenlace. Por eso, no ha tenido en aceptar que cu

A Jaime lo despertó el silencio. Ese instante fugaz que tienen algunas ciudades —entre el alba y el amanecer— cuando la bola de ruido se queda quieta, suspendida encima del aro de concreto de los edificios, antes de rebotar contra el pavimento convertida en sonido.

El niño entreabrió los ojos a una claridad borrosa, con el sentimiento de que algo faltaba, algo familiar que siempre lo despertaba en las mañanas. Su cerebro, aún adormilado, produjo una imagen: cresta altanera, ojos de punta de dardo y un caminar presumido. ¡Un gallo! ¡Por primera vez en sus once años no lo despertaba el canto del gallo! Incorporándose, se refregó los ojos con ambas manos a la vez, y miró a su alrededor. Sorprendido, se encontró sobre las gradas de piedra que daban a la puerta de un almacén y no en la pequeña cama de metal, en la habitación que compartía con su padre.

Jaime se irguió asustado. El cuerpo le dolía por la forzada posición en la que había dormido. Los periódicos con los que se tapara durante la noche volaron con el viento y se esparcieron por el andén. Justo en ese instante los recuerdos del día anterior vinieron a su mente y recordó de golpe que no se encontraba en la pequeña parcela de su familia sino en la ciudad desconocida. Con el corazón acelerado revivió en su mente, como si fuera una película, todo lo acontecido desde el momento en que había tomado el bus en el pueblo —junto con el padre y la tía— para ir a la capital, hasta la llegada al aeropuerto.

Recordó a su padre despidiéndose de él, haciendo esfuerzos inútiles para no llorar, pidiendo a su tía que lo cuidara, prometiendo que todos los meses mandaría dinero del trabajo que encontraría en el extranjero. Un abrazo, un beso en la frente, unas palabras de advertencia

y una última mirada. Luego la figura de su padre alejándose, partiendo igual que su madre había hecho antes, de la misma manera que tantos otros adultos habían abandonado el pueblo. Cuando Jaime miró por última vez la espalda de su padre, a punto de desaparecer entre los otros pasajeros, su pena se transformó en ira. Y aún en ese instante, al recordarlo, volvió a sentir la misma rabia del día anterior, una rabia profunda y dolorosa que había puesto en movimiento sus pies obligándolo a retroceder del lado de su tía —despacio para que no se percatara— y que luego lo había hecho correr ciegamente y huir del aeropuerto por una avenida.

Mientras corría, le llegó su nombre con el viento en la voz angustiada de la tía, pero esto no lo detuvo. Quería ser él el primero en huir, antes de que su padre lo hiciera hacia esa tierra lejana, esa Europa desconocida con países llenos de ciudades con nombres difíciles o impronunciables que ejercía tal fascinación entre la gente de su pueblo.

Cuando Jaime llegó a una intersección de dos grandes avenidas, se detuvo respirando con dificultad. Miró hacia atrás. Ya había puesto bastante distancia entre él y el aeropuerto. Las sienes le latían como si el corazón se le hubiese trepado a la cabeza y sintió náuseas. Se arrimó a un poste de luz, sosteniéndose con una mano, mientras escupía.

Esperó hasta sentirse mejor y se dispuso a cruzar la calle cuando un bus pasó raudo rodeándolo con una nube

de humo negro. Sorprendido, trató de retroceder, pero se tropezó con el filo de la acera y cayó. Entonces escuchó una risa.

—¡Tonto! Casi te mata el bus. ¿Qué no te sabes la canción del semáforo?

Era una niña harapienta quien hablaba. Llevaba en sus manos una caja con dulces y lo miraba con ojos burlescos.

—¿Ves? Ahora está roja, ro-ja —repitió señalando el semáforo—. Ro-ja me de-teen-go, veer-de pa-so —cantó con voz chillona.

Jaime sintió que su rostro ardía, incluso más que las manos con las que había detenido el golpe, y se puso de pie en silencio, ignorándola. Otro bus se acercó y se detuvo junto a los niños.

—¡Vamos! —ordenó la niña, jalándolo de un brazo con pasmosa familiaridad para alguien que apenas lo conocía—. Vamos, este bus tiene “cola”. Ven, agárrate antes de que salga disparado.

El deseo de huir que Jaime había sentido antes volvió con más fuerza y, en un instante, se encontró subido en una escalera que iba desde la parte trasera hasta el techo del bus.

El bus arrancó acelerado y siguió por una avenida ancha. Un policía pitó su silbato, la niña le sacó la lengua y miró a Jaime con una sonrisa inocente. Sin poder evitarlo, el muchacho le devolvió la sonrisa con timidez.

Ahora sí que se alejaba con rapidez y no le importaba hacia dónde iba.

—¡Qué bueno que nos subimos! ¿Ves cómo corre? Es que estos buses hacen carreras entre ellos —explicó la niña—. Ahí está el otro, ya casi nos alcanza. Agárrate bien, que el chofer va a acelerar.

Los dos se sujetaron a ambos lados de la escalera de hierro. Jaime lo hacía no sólo con las manos sino también con las piernas —por el miedo a caerse— en tanto la niña parecía flotar y apenas se sostenía con una mano, mientras que los dedos de sus pies descalzos se curvaban alrededor del peldaño inferior de la escalera.

Jaime la miró con interés. Parecía ser de su misma edad aunque actuaba con una autoridad que la hacía aparentar más años. Vestía un suéter amarillo deshilachado en los puños y una falda azul descolorida que se notaba que le quedaba demasiado grande, porque la llevaba doblada en la cintura y sostenida por un pañolón verde. Su cabello era una maraña de pelo claro que el viento arrojaba por todos lados y que al muchacho le recordó las crines de los caballos. Su rostro trigueño se hallaba surcado por rayas de suciedad que bajaban hasta el cuello, donde lucía un collar de cuentas descoloridas de plástico de colores.

—¿Qué me ves? —preguntó en tono desafiante—. ¡Tu vejez! —se contestó ella misma riéndose. Cuando se reía, fruncía la nariz y sus ojos verdosos danzaban con picardía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jaime olvidándose de sus problemas, contagiado por el buen humor de la niña.

—Eres curioso, ¿no? Primero dime cómo te llamas tú.

—Jaime.

—Bueno. Yo me llamo la Flaca, para mis amigos y para mis enemigos.

—Pero ése no es un nombre —protestó Jaime—. Es un apodo. ¿Cómo te llamas de verdad?

Antes de que pudiera responder, el bus se detuvo. Un hombre joven saltó por la puerta delantera, caminó hacia los niños y les gritó enojado.

Ellos se bajaron de un salto. La niña empezó a correr y Jaime corrió detrás de ella hasta detenerse delante de un centro comercial.

La Flaca dio vueltas alrededor de Jaime y lo analizó con curiosidad. Era un niño robusto de tez pálida, aunque al momento tenía el rostro encendido, con el cabello pegado a la frente sudorosa. Sus ojos oscuros y redondos parecían estar a punto de saltársele del rostro.

La niña se detuvo delante de él.

Jaime se sintió nervioso, bajó la mirada y optó por limpiarse las uñas de las manos para disimular su vergüenza.

—¿De dónde vienes? Porque no eres de aquí, ¿verdad? —preguntó la Flaca señalándolo con un dedo—. Se me hace que eres de algún pueblo, ¿no? Tienes aspecto

así de inocentote, y ves todo con ojos grandes como que no conocieras nada de nada. Ajá, y vas bien vestido y con zapatos nuevos... mmm —añadió—. ¿Tienes dinero? ¿Cuánto llevas? Porque me puedes comprar un chocolate. ¿Quieres uno? Son ricos —la niña extendió su caja de dulces a Jaime, que la miraba inquieto, sin saber por dónde comenzar a contestar las preguntas.

—No puedo comprarte chocolates porque no tengo... bueno, sí tengo, pero casi nada; unas moneditas y las voy a necesitar para algo más importante.

—¡Fuii, qué mal, loco! No te hagas el que tienes cosas importantes que hacer o que comprar. Te vi venir corriendo y con cara de perro apaleado. Sólo te faltaba el pedazo de soga al cuello. Algo me dice que te escapaste de algún lado y ahora estás perdido.

Jaime se admiró de la percepción con que la Flaca se dio cuenta de su situación.

—No estoy perdido ni me he escapado de ningún lugar, pero no quiero regresar de donde vine. Ahora no, sino cuando me dé la gana —mintió contestando de mala manera.

—¿Ah, sí? Y, ¿de dónde vienes? —preguntó ella en tono conciliador.

—De por ahí —Jaime señaló hacia un lugar indeterminado y frunció el entrecejo. La verdad era que aunque hubiera querido volver en ese momento al aeropuerto no habría podido hacerlo, cosa que empezó a inquietarlo.

Decidido a fingir una tranquilidad que no sentía, preguntó:

—Y tú, ¿a dónde vas?

—Pues a trabajar. Vendo en la calle, a unas cuadras de aquí.

Repentinamente, Jaime sintió el peso de la verdad con la que minutos antes ella lo encarara: que él era un fugitivo. Un fugitivo que no conocía a nadie en la gran ciudad ni tenía lugar alguno adonde ir.

—Yo puedo ayudarte a vender los chocolates... si quieres —las palabras habían salido de su boca tan rápido que lo sorprendieron a él mismo.

La Flaca también se sorprendió. Que alguien quisiera ayudarla le parecía novedoso, pero desconfiaba de la gente. Aunque el muchacho parecía honesto... y si no, tal vez podría sacar provecho de la situación.

Además, qué le importaba a ella este niño desconocido.

—Bueno, loco. Si me prometes que me ayudas todo el día y no te vas a cansar luego luego... y que no vas a tratar de huir con el dinero... Aunque no podrías llegar muy lejos sin que yo te alcanzara —lo amenazó fanfarrona, haciendo puño con la mano.

—Te lo prometo.

—Te advierto que no es nada fácil; hay que “torear” los coches ofreciendo los dulces, y venderlos también a la gente que camina por la banqueta. Ahora, cierra los ojos